

## Bancarrotas Morales Requerimos Legitimidad

POR LORENZO MEYER

**N**O es muy frecuente que los economistas en nuestro país practiquen la poesía y cuando la falta de respuesta de la sociedad frente a las acciones hacen parece más bien un signo de dificultades negativas de gobierno. Pero esto tiene límites. que están los tiempos y no un indicador de una paz interior. En la explicación que la semana pasada, a través de los medios masivos de comunicación, el secretario de Hacienda de la Nación sobre las causas y consecuencias de la actual crisis económica, se permitió lo que obviamente era una licencia poética: Después de culpar básicamente de nuestros graves problemas económicos a los factores externos y al gasto público desbordado, propuso, o más bien confió, en que "la infinita reserva de nobleza de nuestro pueblo", impida que la fractura en el sistema financiero —y económico, diría yo— se transforme en un estallido o en una derrota moral".

Me temo que, para ahondar en este asunto, sea indispensable pasar del lenguaje de la poesía al de la dura realidad. En verdad, por "nobleza" debemos de entender simplemente la capacidad para recibir castigo sin chistar. El origen de este castigo es, en una medida, producto de una mala política y una mala administración. Por otro lado, sinceramente confiero que dicha capacidad es muy grande pero no "infinita". Aunque no estoy en posibilidad de definirlo con precisión, sí creo que esta capacidad tiene un límite.

**E**N realidad, el hecho de que el descontento social no haya estallado con más frecuencia en nuestro país, se debe, básicamente, a que no existen canales para expresarlo. Parafraseando a un famoso general mexicano del siglo XIX, podemos decir que si hubiera un multipartidismo efectivo y una vigilancia de la sociedad civil sobre sus gobernantes, es probable que no estuviéramos donde estamos. En otras palabras, es el autoritarismo propio del sistema político mexicano lo que explica en gran medida la falta de respuesta de la sociedad frente a las acciones que están los tiempos y no un indicador de una paz interior. En la explicación que la semana pasada, a través de los medios masivos de comunicación, el secretario de Hacienda de la Nación sobre las causas y consecuencias de la actual crisis económica, se permitió lo que obviamente era una licencia poética: Después de culpar básicamente de nuestros graves problemas económicos a los factores externos y al gasto público desbordado, propuso, o más bien confió, en que "la infinita reserva de nobleza de nuestro pueblo", impida que la fractura en el sistema financiero —y económico, diría yo— se transforme en un estallido o en una derrota moral".

La fuerza es, sin duda, uno de los elementos que explica la persistencia de un gobierno o un régimen. Sin embargo, y esto es una verdad de Perogrullo, el poder político no se puede asentar por mucho tiempo en el uso de la violencia. La autoridad debe de satisfacer, al menos parcialmente, las demandas objetivas de las clases, grupos e individuos que forman la sociedad. Obviamente, no es posible satisfacer materialmente todas estas demandas son frecuentemente antagónicas y también porque los recursos estatales son siempre limitados frente a las demandas de la sociedad.

**D**E todas maneras, los gobernados pueden aceptar de buen grado privaciones y épocas duras y mantener y aun acrecentar su apoyo al Estado, al régimen y/o a los gobernantes, pero sólo en la medida en que los consideran legítimos. La legitimidad, si la hay, es el capital político del que la autoridad pueda echar mano en las épocas difíciles, cuando los medios materiales son más escasos que de costumbre.

Aquí en México, y ahora, el problema es que amplias capas de las diferentes clases que dan forma a nuestra sociedad, no consideran que aquellos que nos gobiernan, lo hagan legítimamente. Las fuentes de la desconfianza son varias, entre otras, la ausencia de un proceso electoral cuyos resultados sean convincentes, la corrupción administrativa y la ineficiencia.

La administración que está próxima a asumir el poder, seguramente desearía que existiera no sólo el famoso Fondo Monetario Internacional, que supuestamente nos ayudará —aunque con duras condiciones— a componer el entuerto causado por haber gastado más de lo que producimos, sino que igualmente hubiera un Fondo Moral Internacional para solicitarle un préstamo de legitimidad, pues quizá en este campo también puede ocurrir una bancarrota. Desgraciadamente la legitimidad no se presta ni improvisa: la que no se ganó en el pasado, difícilmente se puede tener hoy.